

y guia à los Justos por el camino de la perfección: restablece el uso frecuente de los Sacramentos, despierta la piedad, aviva el fervor, y logra con su zelo restituir la Religion à su antiguo esplendor: parece que la providencia suscitó en San Ignacio un nuevo Esdras, para restablecer la Ley, ò un nuevo Judas Machabeo, para reparar las ruinas del Templo de Dios: ¿no tuvo, pues, razon, Católicos, para representaros à nuestro Santo en el principio de mi discurso, bajo la idea de un Heroe Christiano? *Esto vir fortis, & præliare bella Domini*: los Heroes profanos, à quienes la antigüedad idólatrá ofreció incienso, y levantó Altares, no tuvieron, ni tanto valor en sus empresas, ni tanta prudencia para dirigirlas, ni tanta felicidad en executarlas: Ignacio es verdaderamente digno del elogio, que en otro tiempo le tributó un Soberano Pontífice, valiendose de las mismas expresiones con que Dios havia elogiado à Josué: *Fuit magnus secundum nomen suum, maximus in salutem electorum Dei, expugnare insurgentes hostes*: fue grande por su nombre, y fue grande para la salud de los escogidos de Dios; y fue capaz para vencer à los enemigos que contra él se levantaron; haga el Cielo, Católicos, que imitando vosotros su valor en su conversion, y penitencia, y su prudencia christiana en nuestra propia conducta, podamos conseguir tan felices sucesos como él, para que despues de haver imitado su generoso valor en los combates, le acompañemos en la feliz morada de la Gloria: *Ad quam, &c.*

## SERMON

PARA EL DIA DEL JUBILEO  
de la Porciuncula.

*Servus meus orabit pro vobis, & faciem ejus suscipiam.* Job c. 42. vers. 8.

Mi Siervo orará por vosotros, le miraré, y oiré favorablemente.

**E**L Espiritu Santo nos pinta, Católicos, el valor, y la eficacia de la oracion del justo: esta oracion detiene el brazo del Señor, y suspende los rayos que están para caer sobre nuestras cabezas; proporciona la victoria à los Capitanes valerosos, y confunde à sus enemigos: esta oracion detiene el curso del Sol, hace baxar fuego del Cielo, y le abre, y cierra à medida de sus deseos: parece que el mismo Dios gusta de obedecer à la voz del justo: *Obediente Domino voci hominis.* Moyses, Josue, y Elias, alcanzan de Dios todo quanto piden, y à sus ruegos se conceden los mas extraordinarios prodigios.

Pero no es menos poderosa, ni eficaz la oracion de San Francisco de Asis, en la Capilla de la Porciuncula: la oracion de este pobre, muda la tierra en Cielo: Dios convierte este lugar, el que ya estaba santificado con su presencia, y con las lagrimas, ayunos, y oraciones de San Francisco, en un Trono



desde donde distribuye las mas preciosas gracias: este pacifico retiro se convierte en mansion de su gloria, y de sus misericordias, por un modo muy particular.

El Patriarca Jacob se halló poseído de un santo respeto, al ver aquella misteriosa Escala, y los Angeles, que por medio de ella mantenian un santo comercio con la tierra: arrebatado en extasis, exclamó: ¡oh, qué terrible es este lugar! pusole por nombre casa del Señor, y puerta del Cielo; ¿pues qué admiracion no sería, Catolicos, la de San Francisco de Asis, al ver en la Capilla de la Porciuncula al mismo Dios, acompañado de su Santisima Madre, y rodeado de infinidad de Espiritus Celestiales, para hacerle, en algun modo, depositario de sus favores? Esta célebre aparicion fue, Señores, como una dedicacion solemne de todos los Conventos del Orden de San Francisco: el Dios de la Gloria consagra por sí mismo este primer Hospicio con la mayor magnificencia.

Es verdad que hoy nuestro siglo solamente aplaude las pecaminosas producciones de los incredulos; pero no obstante su temeridad procuraré, Catolicos, manifestaros en este discurso la verdad de la famosa Indulgencia de la Porciuncula, la que se halla justificada por el espiritu de San Francisco, y el de la Iglesia: San Francisco pide à Dios esta Indulgencia, y el Señor se la concede; la Iglesia la abraza, y la publica; este será el asunto de las dos partes de mi discurso: implorémos todos la asistencia del Espiritu Santo, por medio de la intercesion de Maria. AVE MARIA.

## PRIMERA PARTE.

**N**O penseis, Catolicos, que vengo à contaros algun caso maravilloso, no aprobado por la Iglesia, y cuya noticia pueda servir solamente de entibiar la sumision, debilitar la fé, impugnar la verdad, y autorizar la independenciam, y la relajacion: tampoco penseis, que os he de referir algunas visiones de personas poco autorizadas, cuyo principal merito suele consistir en lo extraordinario de su conducta: mi intento, Señores, es edificaros, è instruirlos acerca de un hecho maravilloso, muy conforme à la santidad de nuestra Religion, à la caridad de Jesu-Christo, y digno de nuestra atencion, y respeto.

El espiritu de San Francisco de Asis que pide, y alcanza esta famosa Indulgencia, que hoy predico, la justifica contra la impiedad de algunos criticos, enemigos declarados de la Iglesia: en San Francisco reynaba un espiritu de piedad, que le hacia agradable à Jesu-Christo: un espiritu de caridad, que le hacia pensar de la salvacion, del mismo modo que havia pensado Jesu-Christo; y un espiritu de oracion, con el que alcanza de Jesu-Christo los mas señalados favores: ¿pues, cómo podrá, en un Santo de estas circunstancias, haber sospecha, quando él mismo nos refiere la milagrosa aparicion, y la famosa Indulgencia, que hoy predico?

Me parece, Señores, que no tengo necesidad de probaros, que el justo es agradable al Señor, que su Magestad siempre le ampara, y protege, y que vive tranquilo en medio de las inquietudes, que le



suscitan el mundo, y el Infierno: registrad los Libros Santos, y ved, si falta en ellos alguna cosa para gloria del justo.

Unas veces se halla comparado en estos Libros à un arbol plantado por el Señor, cerca de la corriente de las aguas, que produce abundantes frutos, que se conserva sin secarse, y que siempre está acompañado de honor, y gloria: otras, es llamado hombre de Dios en la tierra, objeto de su amor, canal de sus gracias, interprete de su voluntad, y depositario de su poder: este es el Justo, Catolicos, segun la pintura que de él hace el Espiritu Santo; y esto mismo fue San Francisco de Asis, segun la historia mas fiel, y verdadera de su vida.

San Francisco de Asis fue un hombre suscitado por Dios, para representar al mundo profano los misterios del pesebre, y de la Cruz, que abatió la soberbia de los Philophos con su sabiduria, la de los Politicos con la fundacion de su Orden, y ofuscó la gloria de los mayores Imperios, con los honores que se le han tributado en todos los siglos: un hombre de tan grande santidad, no podia menos de ser muy agradable à Dios, y era incapaz de engañarnos.

No podemos menos, Catolicos, de respetar el testimonio de un Santo tan grande en su humildad, tan opulento en su pobreza, y tan admirable en su penitencia; respetado de los Reyes, y de los Pueblos, admirado de los Barbaros, y conocido hasta en el mismo Imperio de Mahoma: un hombre, pues, de una fé tan pura, tan obediente à la Santa Silla, y tan temido de la heregia, no era capaz de publicar un suceso falso, para grangearse la estimacion de los hombres.

Ca-

Callad, pues, Criticos sobervios, sabios mundanos, vosotros, que ignorais quan admirable es Dios en sus Santos: el Señor revela siempre à los sencillos, y pequenuelos los misterios de sus misericordias: à los humildes concede sus mas preciosas gracias: la sabiduria mundana no conoce las maravillas del Señor.

Si os admira, Catolicos, la extraordinaria aparicion de Jesu-Christo en la Capilla de Porciuncula, y las excelentes promesas que en ella hace à San Francisco, reparad en la eminente santidad de este Siervo de Dios: reparad, en que el lugar en que ora, el espiritu con que pide, las gracias que solicita, y la proteccion que invoca, para conseguir sus suplicas, todo era muy del agrado de Dios.

Para orar, se retira à un lugar oculto, porque sabe, que en la soledad habla Dios al alma, y la declara sus Misterios: riega el suelo con sus lagrimas, humillandose profundamente en la presencia del Señor, porque sabe, que Dios ha prometido mirar con ojos propicios al pobre humillado, que conoce su miseria: pide la gracia de la conversion de las almas, porque sabe, que Dios las ama, y no quiere que ninguna de ellas perezca: honra à Maria Santisima, implorando su patrocinio, y poniendo su nuevo Orden baxo su proteccion.

¿Hay en todas estas circunstancias alguna de aquellas señales, que manifiestan la singularidad, la novedad, ò la astucia de los hypocritas? ¿no nos anuncian todas ellas un Santo, y un penitente? ¿no son todas muy conformes al espiritu de nuestra Religion, à aquel espiritu de piedad que hace à San

Fran-



Francisco tan agradable à Jesu-Christo, y à aquel espíritu de caridad que le hace tan conforme à Jesu-Christo? Pues donde reyna el espíritu de Jesu-Christo, Catolicos, reyna tambien la verdad, y no tienen lugar el error, ni la mentira.

No es menos admirable, Señores, la caridad de San Francisco de Asis, que la prodigiosa aparicion sucedida en la Capilla de Porciuncula: en esta caridad hay tambien sus prodigios, y sus milagros: no me admiro ya de que Dios corra los velos, con que cubre los resplandecientes rayos de su divinidad en favor de un justo à quien ama, y que está animado de su espíritu: Moyses en el Monte Sinai, mereció hablar despacio con Dios; Jacob en el desierto recibió sus favores; Pedro, Santiago, y Juan, vieron su gloria en el Tabor: San Pablo fue arrebatado hasta el tercer Cielo, en donde aprehendió cosas admirables: todos estos eran hombres flacos, estaban cargados con los despojos de la carne, y se hallaban en estado de pelear; todavia no havian llegado al termino; y así, es indubitable, que la tierra ha sido muchas veces teatro de las maravillas del Señor.

Bien sé, que no debemos creer à todo espíritu; conozco la prudencia de la Iglesia, y las reglas que nos propone, para discernir el que proviene de Dios, del que es propio del hombre, y distinguir los favores, que su amor concede al justo, de las falsas historias que publica el error, ò la ignorancia: supuestos estos principios, digo, que el espíritu de caridad, que anima à San Francisco, debe hacernos respetar el prodigio que hoy aplaudimos, como un hecho digno de la Religion, y muy propio para con-

de-

denar el error, la ilusion, y la ceguedad de los mundanos.

San Francisco piensa del mismo modo, que pensaba Jesu-Christo, y se ocupa en los mismos ejercicios, que el divino Redentor: si pasa la mayor parte del tiempo en la Capilla de Porciuncula; si riega el suelo con sus lagrimas; si gime, y suspira, todo es por alcanzar del Cielo gracias, y auxilios, que muevan los corazones de los pecadores, y los conviertan.

En el admirable espectáculo que vé en esta aparicion, en medio de los inefables consuelos que experimenta à vista del Salvador, de su Santa Madre, y de una multitud de Celestiales Espiritus, siempre permanece su corazon poseído del dolor de la pérdida de los pecadores: se olvida de sí mismo, y de las necesidades de su Orden, y solo pide la conversion de las almas que se pierden: ¿qué caridad tan pura, Catolicos! ¿qué ideas estas tan sublimes, y tan conformes à los deseos de Jesu-Christo, que quiere salvar à todos los hombres, y que murió por todos generalmente! ¿qué ideas tan conformes à los deseos de su Santa Madre, que es el refugio de los penitentes, y à los de los Angeles, que se regocijan en el Cielo por la conversion de un solo pecador!

Ah! este prodigioso espectáculo, del que dudan los críticos libertinos, y se burlan los mundanos, es muy conforme à la caridad de San Francisco: esta caridad le hacia merecedor de estos favores del Cielo; es verdad, que el espíritu de error tiene muy poco interes, en defender la verdad de estos milagros; ni es extraño, que unos hombres que cierran el co-

ra-



razon de Jesu-Christo en la Cruz, para una innumerable multitud de Pueblos à quienes havia criado, que hablan de su Santa Madre, de un modo indecente, y poco respetuoso, que parece les pesa, de que Jesu-Christo sea tan clemente para con los pecadores, no es estraño, buelvo à repetir, que siendo su espíritu tan contrario al de San Francisco, se nieguen à creer, è impugnen el hecho milagroso, que el mismo Santo les refiere.

¿Pero quiénes son estos sabios del mundo, estos talentos tan delicados que temen dár credito à los hechos milagrosos? ¡ah, Catolicos! verguenza causa decirlo; son unos hombres que tienen valor para acreditar con su voto los mas extravagantes sistemas, para justificar el libertinage de los mas temerarios Autores, y para ponderar los progresos de las mas barbaras Sectas: ¿qué diferencia no se advierte entre el testimonio de San Francisco, y el de estos espíritus perversos, entre el espíritu que anima à este Santo Penitente, y el que anima à estos sequaces del error, entre los caminos de este hombre de Dios, y los de los enemigos de la virtud?

San Francisco, ocupado unicamente en cuidar de la eterna salud de sus proximos, merece nuestra admiracion, y nuestra confianza: al ver las gracias que pide, no nos debe causar admiracion, que sean oídos sus ruegos; todo quanto pide es muy conforme al amor de Jesu-Christo: su oracion es pura, desinteresada, y heroyca: no pide bienes temporales, porque los desprecia, y los teme; no pide felicidad, y gloria en sus empresas, porque no obstante ser tan santas, prefiere otros cuidados à los de su nuevo Orden;

den; abrasado de un fuego celestial, y divino, y animado de una caridad heroyca se olvida de las utilidades de su Orden, y el unico objeto de sus lagrimas, de sus suspiros, y de sus oraciones en aquel santo lugar, es la salud de las almas, y la conversion de los pecadores.

¿Pues cómo era posible que en aquella milagrosa aparicion no concediese Jesu-Christo à San Francisco lo que le pedia? San Francisco pedia las mismas gracias, que nos ofrece Jesu-Christo, y las que mereció muriendo por los hombres; Jesu-Christo conocia muy bien el corazon de Francisco, y éste sabia, que todos los hombres tienen lugar en el corazon de Jesu-Christo.

San Pedro vió à su Divino Maestro en el Tabor, rodeado de toda su gloria, y encantado con un espectáculo tan admirable, pide, y suplica permanecer eternamente en aquella mansion de paz, y de delicias; pero el Señor no oye sus ruegos, porque son indiscretos, y contrarios à las ideas de Jesu-Christo: los ruegos de Francisco son mas conformes à las ideas de la providencia, y à los deseos de Jesu-Christo: la milagrosa aparicion con que es favorecido en la Capilla de Porciuncula, no le mueve à desear permanecer en aquel santo lugar: no pide quedarse allí gozando eternamente las celestiales dulzuras, que en aquel instante experimenta: su zelo, y su amor le representan la multitud de pecadores, que se pierden; pide su conversion; esta es la unica gracia, que pide al Cielo, en una ocasion en que este le favorece de un modo tan singular: en esta ocasion se manifiesta igual à Moyses, y San Pablo, que